



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

John Aubrey / Lytton Strachey / Thomas De Quincey

La Muerte de los
Filósofos

En Manos de los Escritores

Ediciones  UACH

Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Selección y prólogo
de Luis Chitarroni

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

LA MUERTE DE LOS FILÓSOFOS


En Manos de los Escritores

de John Aubrey, Lytton Strachey y Thomas De Quincey

Selección y prólogo de Luis Chitarroni

se terminó de imprimir en noviembre de 2020
en los talleres de Maval

 (2) 2566 5400
www.mavalchile.com
para Ediciones Universidad Austral de Chile

 (56-63) 2444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile

Dirección editorial
Yanko González Cangas

Cuidado de la edición
César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación
Silvia Valdés Fuentes

Dibujo de portada
Jacques Gamelin

Todos los derechos reservados.
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2020
© Del prólogo, Luis Chitarroni
© De la traducción, Agustín Pico Estrada y Mónica González

ISBN 978-956-390-108-5

PUBLICADO ORIGINALMENTE POR:
La Bestia Equilátera S.R.L. © 2009

CONTENIDO

Fósiles 9

Prólogo de Luis Chitarroni

Una breve vida de Thomas Hobbes 27

John Aubrey

John Aubrey 49

Lytton Strachey

Hume 57

Lytton Strachey

Los últimos días de Immanuel Kant 67

Thomas De Quincey

FÓSILES

Prólogo de Luis Chitarroni

El propósito de un prólogo suele ser el de presentar lo que se leerá a continuación. Esta causa explicativa un tanto contingente es la que decide su ubicación en el interior del libro: la precedencia, la invasión del espacio del libro en el momento en que este debe comenzar. De lo contrario, sería otra cosa, un ambiente ofuscado de la economía arquitectónica del libro. Un sótano o una buhardilla, una nota bene o un epílogo. Al contrario, si no fuera contingente y resultaran necesarias las presentaciones, quizá deberíamos también prologar los prólogos y así encontraríamos la causa perfecta para eliminar los comienzos y perder los principios. Este tipo de procedimiento es característico de la filosofía.

Nicasio Urlihrt, *Vidas prologadas*

El propósito de este prólogo, pasada la primera página de lectura, es adivinar qué piensa el lector, sin excluir al prologuista mismo, de un título tan alevoso como *La muerte de los filósofos en manos de los escritores*.

Como aserción titular, la primera parte, «La muerte de los filósofos», es falsamente inequívoca. Puede significar la muerte de una serie de filósofos, de un seleccionado extremo, de una lista exhaustiva de filósofos, o por antonomasia o metonimia, la muerte de la filosofía entera. La última es, hay que admitirlo, un poco ambiciosa y exagerada, pero no impensable en tiempos como los que corren. Lo que sigue, «en manos de los escritores», no lo es menos. Salvo que su radicalismo explícito quedara reducido a un mero énfasis artificial; si se hubiera puesto «por los escritores», daría lo mismo con mayor economía. Pero no, porque «en manos» modula un traspaso,

un transporte, un traslado a pulso, ambiguo también, pero con una constancia física. Como si se tratara de una ocupación, un oficio, se entregan los cuerpos, las biografías, los últimos signos vitales de los filósofos a quienes desempeñan otra, a quienes ejecutan, a quienes matan con sus propias manos, a quienes siguen el curso de la historia empleándose en las tareas sucias; o a una delegación de profesionales, como cuando decimos que dejamos algo en manos de quienes mejor pueden hacerlo, a la vez manos expertas y silenciosas. Lo cierto es que el artificio enfático ha sido utilizado con el mayor descuido para dar a entender «algo flagrante». Tanto si los escritores son los expertos, los más aptos para contar, pues es lo que saben hacer, o porque se les ha asignado la misión casi con desdén (por insuficiencia de filósofos que puedan arreglarse de manera idónea con el obituario), el material de lectura de esta breve antología es una ceremonia o un ritual exclusiva, excesivamente literario: pertenece a los escritores porque les conviene de manera paradójica. Los escritores pueden ejecutar la tarea sin tomarse el trabajo de ser justos; y lo contrario, el trabajo de ser justos es el que les impide ejecutar la tarea como si no les importara. No se trata de un mero juego verbal sino de una evidencia analgésica presente en cada uno de los casos. El cuerpo de la víctima es el que los obliga a historiar, a narrar hasta las últimas consecuencias. Aubrey, De Quincey y Strachey proceden virtuosamente como asesinos entregados —y entrenados— para hacer de ese ritual una de las bellas artes. Y una de las consignas que importan para el tratamiento es que no ignoran el valor que convierte a los cadáveres en colegas («Ese cadáver que plantaste el año pasado en tu

jardín, / ¿ha empezado a florecer?», escribió un filósofo o un poeta). Los filósofos son escritores. Escritores que a veces se olvidaron de escribir en su diario: «Hoy, mientras el amanecer monumental del 4 de abril, el año no importa, invadía todas las cosas de este mundo para las cuales carezco de nombre, asistí al derrumbe de mis convicciones y pertenezco, mientras duró, a esa servidumbre feliz que condena la irrupción del ciclo tutelar de todas las inestabilidades». Faltaba el poeta que pudiera decirlo, claro. El poeta es un filósofo disfrazado de narrador que tiene el instrumento capaz de convertir sus perplejidades en melodía y que puede adjudicar las debilidades temperamentales a su musa.

Doxógrafos se buscan

Es la literatura la que exige darle a lo asistemático un valor (ya veremos si supremo), sin que la filosofía exija lo contrario. Y en ese sentido, los escritores pueden hacer su aporte, en la medida en que a menudo ignoran o no se dan cuenta siquiera del sistema que desordenada, a veces desatinadamente, terminan armando. John Aubrey, como se verá después, es el ejemplo extremo. La literatura ha sido, y es, garante de la legitimidad de lo ilegible en pos de una poética fiel, no la filosofía, que debe señalar lo ilegible —auxiliada por la tipografía— como un registro histórico de blancos, de fragmentos, cuyo sentido solo podría establecer una noción general regulada por el registro literal de los doxógrafos. Es la literatura la que se ha adueñado de la posesión voluptuosa del placer en manos de todos, no la filosofía, que reserva esa exquisitez (y esas

exequias) a la constancia y la vigilia de los especialistas. Es literatura todo lo que leemos —mundanos, vulgares, curiosos—, no filosofía. La filosofía es la que aspira a ofrecernos sistemas, sencillos, complejos y hasta caóticos. La literatura tiene otras misiones. Incluso cuando se dedica empechinada, sistemáticamente, a matar filósofos. Por temerario que parezca afirmarlo, la filosofía es una especialización, la literatura, aunque lo finja, rara vez. Cuando la filosofía impone sus valores, lo hace después. Después de deponer su custodia etimológica sobre esas identidades desperdigadas, cuando reconstruye la presencia o la autoridad fantasmal de un personaje en desmedro de los aportes lentos, tardíos, de una disciplina más lenta: la psicología. Tenemos entonces personajes dramáticos y personas despenadas de la historia como agentes de una serie de ocurrencias, paisajes y dialectos, ideas y sistemas. La construcción, tarea posterior, no es algo que concierna a la elaboración sutil y consumada de lo que el mundo —la realidad— deberá tener en cuenta.

La muerte de los filósofos suele tomarse más en serio que la de la mayoría de los mortales, tal vez porque otras muertes —las de los escritores, por ejemplo— resultan débiles en relación con lo que se extingue cuando un filósofo muere. La idea —no otra cosa— de esa consumación asiste a las exequias de quienes tuvieron más ideas que cualquiera sobre el ejercicio del fin (o tal vez unas pocas, a las que dieron una forma precisa); y los escritores quedan para darle sentido al relato de quienes las pensaron y portaron, vivieron con ellas y, en el curso de este, efectiva e inexorablemente, murieron.

Parece que queremos escribir el relato de la muerte de los filósofos porque no solo dará sentido sino

coherencia al desarrollo de una vida que termina como todas, y porque encontrará distinciones dignas de mención en el curso de lo indiferenciado. Esas distinciones son las que se pueden aprender y repetir, para incorporar a nuestra experiencia de lectura fracciones y detalles anecdóticos, en la medida en que el relato de una vida puede escapar de la ordinariez de la vida misma. Curioso: hasta la juventud, yo había creído —y querido— lo contrario: ser el actor de mi aventura hasta que la experiencia me cambiara la profesión o me muriera, dejando a los otros: a) el trabajo de averiguar la discontinuidad y la diferencia de calidad de mis días; y b) me convirtieran, de buenas a primeras, de paciente accidental del relato propio en autorizado filósofo de la vida en general.

La nota, activa en los verbos —viven, mueren—, contiene un sabor parcial, particular, a esta altura, que debemos tomar *cum grano salis*: definidas por sustantivos y adjetivos luego, las acciones, en apariencia desperdigadas, componen una secuencia observable para el escritor, quien puede, a su vez, mostrarlas. En el transcurso de una vida filosófica, esas secuencias son las claves que descifrarán, para manufacturar luego un relato, los escritores.

Mueren los filósofos como han vivido, como vivieron, pedestre, pasionalmente —esta es la sospecha; de ninguna manera como los otros, que viven (pedestre, pasionalmente) sin dejar huella de la alianza entre pensamiento y acto en sus pasos, en el curso de sus días. La concordancia, se ha dicho, debe inferirse del relato. Los últimos días suelen ser ejemplares. De acuerdo con la sabiduría del sermón, suelen ser los primeros. Sin embargo, y a falta de evidencia concluyente, los arreglos del

relato no implican lealtad a los predicados del sujeto filosófico; amplían, divulgan y anhelan, predicados superfluos, novelescos. Como si aprendiéramos a morir leyendo, vamos alejándonos de la muerte averiguando su rumbo incierto, su insuficiencia, su inanidad, su falta de reclamo verdadero, justificado; inventando pormenores para asegurarnos de que las edades y las duraciones encontrarían una justificación si detuviéramos el curso del tiempo y nos becaran para extraer las porciones y proporciones sustanciales.

Los escritores, que tienen las manos prestas y los oídos sordos, que han desperdiciado su libre albedrío en pos de cualquier cautiverio capaz de alinear el catálogo de esa culpa, son los destinatarios de tales erráticos legados. A aguas revueltas, ganancia de pescadores. Los escritores la toman a menudo así, como si la filosofía necesitara de un hecho o una anécdota —la patada a la piedra del Doctor Johnson o el atizador de Wittgenstein— para alterar el curso de las ideas predominantes, o el ataque a un pensamiento vivo, para hacerlos —hacerse— visibles (hecho que implica, claro, un testigo narrador ocular u oculista: la visibilidad implícita que un corte de esta laya solicita no podría excluir la concurrencia ilustre o involuntaria). Porque no se muere, es obvio, accidental o deliberadamente. No se muere por necesidad de alguna de las partes (cuerpo, alma: un trance, un pase, un canje), sino que se muere a secas, en las peores circunstancias para consignarlo.

El modo inequívoco en que se muere para agnósticos y ateos, sin embargo, coincide con las generales de la ley religiosa. La longevidad, los herederos impacientes, cualquiera de los requisitos terrenales (o

saqueos posteriores) involucrados no exigen una condición necesaria. En términos de relato consecuente, morir implica, acaso con desgano, una sola peripecia anterior, que se denomina en tercera conjugación del infinitivo con un verbo de rima consonante: vivir. Que se derrama y se derrocha y se despilfarra en un pleonasma o una redundancia. O (por la sugestión de complejidad y hondura de los tiempos compuestos), haber vivido. A menudo, la tarea de los poetas consiste en simplificar la larga oración digresiva donde la muerte rinde pleitesía alusiva a ese acto anterior: «Y lo que llamáis nacer es empezar a morir; y lo que llamáis morir es terminar de morir; y lo que llamáis vivir es vivir muriendo», escribió Quevedo. Que Borges, con frágil debilidad por lo reciente, copia simplificando en una milonga: «Lo dijo el sabio Merlín / Morir es haber nacido». El resto, la solución incolora y aristocrática propuesta por Villiers de L'Isle Adam: «Vivre... que los sirvientes se ocupen de hacerlo...», se convierte en una bravuconada, un alarde: viven los filósofos en manos de los escritores.

Si algo huye, si algo se escapa, si algo fuga es la continuidad («ah, que tú escapes...») misteriosa, la concomitancia postrera, la incomunicable o escondida correspondencia entre los días, las noches, los trabajos y la muerte. De eso se trata todo. La diferencia conceptual, trivialmente enfática, que se establece entre escritores y filósofos impone a los dos condiciones de desventaja. Las del escritor son las peores; porque al último se le pide solo la descortesía de sacar conclusiones, mientras que al primero, en cambio, se le prohíbe pensar. El tiempo es un problema al que no vamos a dedicar más que estos párrafos. De jóvenes,

por prepotencia o intransigencia, solemos reclamarle intensidad a cada uno de los momentos de la existencia. Como si tal tortura no hubiera sido prevista, pedimos a gritos vivir intensamente. Pero esa condición implica vivir intensamente los tiempos que pasan mortificándonos. ¿Qué es vivir intensamente una sala de espera, una larga fila, un tratamiento odontológico, un trasbordo? (Una noche de 1959, Borges escribe en el diario de Bioy la siguiente perplejidad: «Si espero, el tiempo pasa lentamente, ¿por qué creo que ha pasado mucho tiempo? Si espero, estoy condenado a esperar, no puedo hacer otra cosa»).

Vidas filosóficas

No pretendo explotar una mística divertida de las anécdotas de los filósofos contra el rigor y el método de quienes verdaderamente los estudian. Está muy bien que los presocráticos permanezcan en el cauterio de sus miserables fragmentos. Celebrarlos por lo que uno supone fue su arte de vida consumada en hechos fantasmales es, de las idioteces impuestas por el régimen de vaguedad del presente, la más pasajera y efímera de las noticias.

Los tres filósofos¹ de este libro, en este caso, han sido elegidos porque existen relatos de escritores sobre ellos, no por otra razón. Y ese excedente —que dista de ser un privilegio— los distingue. Por suerte, el pasado envenenado por escrúpulos, convicciones,

.....
¹ Si bien cedimos a la tentación de incluir la vida de Aubrey en la compilación, quien sin duda era un hombre muy sabio, no podemos considerarlo estrictamente un filósofo.

supersticiones y secretos que tenemos la suerte de ignorar, hacía caso omiso de cualquier falacia patética. ¿Qué nos hace creer en la implacabilidad lógica de la argumentación? ¿Quién nos protege de la temeridad de las afirmaciones? ¿En qué detectamos la continuidad consecuente, consecutiva de la inferencia siguiente? ¿Qué determina la implicancia inmediata? La prueba de la muerte es la muerte misma: la supresión en el tiempo y el espacio de una conciencia y de una percepción, con un cuerpo —un cadáver— como evidencia física consecuente de inmovilidad. Esta evidencia o este flagelo no solicita el concurso ni la participación de la filosofía, sino los de un género menor: la novela policial, una especie de autonomía transgénica de lo que solían ser los tratados filosóficos en tiempos en los que estudiar y memorizar iban de la mano. Una novela policial con un fin misterioso y montones de detectives tratando de encontrar la clave. (Si el fin no fuera misterioso, el crimen sería el deporte favorito de la filosofía).

Estamos, en términos de anécdota lógica, sentados como Aquiles sobre el caparazón de la tortuga. Esta, a pesar de su longevidad quelonia, ha muerto, acaso porque la lentitud es una virtud filosófica, y el que ha quedado a cargo del relato es Aquiles mismo, héroe, no narrador. Valiente, veloz y casi invulnerable. Porque no es escritor, sino un aficionado a los relatos, Aquiles cuenta la historia con una sencillez alarmante: «Cansada de ganar la carrera, la tortuga se detuvo a esperarme y me explicó por qué ganaba siempre. Oí tantas veces la historia sin entenderla, que me he quedado aquí, a la espera de que otro que no sea ella pueda explicármela». La tarea del escritor es tararear las

dos versiones hasta que el lector más apto —dígitos sumisos y pulgares opuestos de la teoría evolutiva— encuentre el sentido común a ambas.

Para volver al comienzo, la supresión de un filósofo de esas dos corrientes en las que ha elaborado su pensamiento —la vida y la historia— es un hecho consumado que exige para poder contarse un arte o un oficio no exento de candor, capaz de llevar a cabo la tarea «sucias» sin renunciar a la inocencia.

Si reconstruyéramos esas vidas y encontraríamos las pistas con las cuales el pensamiento logró llevar de una a otra posta las iluminaciones capaces de darle continuidad a la elaboración de un sistema o una teoría, seríamos capaces de administrar nuestra vida de acuerdo con un volumen —«voluntario y voluntarioso régimen»— capaz, tal vez, de ofrecernos recompensas semejantes. La imitación —y en esto la vida de los biógrafos no hace sino seguir el rastro de la hagiografía— es todavía el sustrato que nos permite continuar leyendo, a despecho del manoseado placer. La interrupción sigue siendo el gran problema. La teorización de este problema ha llenado la crítica de consuelos convertidos en temblores académicos disfrazados de argumentaciones «capaces de obliterar las verdaderas preguntas». Bajtin, Benjamin y Wittgenstein son ejemplos inmediatos, con el dudoso añadido de parecer análogos o equivalentes. *Obras son ciclos de sentencias e interrupciones*. No hay hasta hoy un solo diario que absuelva con su continuidad el oleaje inoportuno de la vida.

Recaudo: todos somos presocráticos

Los tres han escrito «obras» que no lo son. Los tres permanecen con ajena indiferencia vital distraídos de los rigores de un sistema. Las contradicciones, los errores (y las enmiendas sobrantes pero imperfectas en términos de obsesión), los cambios en las condiciones de vida, las interrupciones convencionales o intempestivas obligan a que nos arrodillemos ante un altar de contingencias y accidentes casi más ricos que la exigencia personal de convertir el pensamiento de estos maestros, de estos artífices, en un régimen, y acaso en una religión. No podremos, pese a los esfuerzos de los exégetas, encontrar respuestas en las horas muertas de esas vidas intensas sobre las cuestiones que interrogaron, sobre los temas que investigaron. No sabremos por ellos —de puño y letra, por su caligrafía— si es verdadero o falso el *conundrum* acerca del malestar de la cultura, ni si hay una comunión de lo alto y lo bajo en las ceremonias tribales, ni si es posible que un diario en lenguaje privado pueda transmitir el grado en que las emociones constatan su intransmisible y temporal descontento o aquiescencia.

La categoría de presocrático, objetada por Giorgio Colli con adiestrada justicia, enaltece y reduce el pensamiento de quienes fueron (es cierto que en manos del siglo XIX, un siglo de manos) los protagonistas indiscutibles de las hipótesis y teorías del siglo XX. Que un autoritarismo con huellas digitales les haya hecho creer en la racionalidad absurda que concilia el último pensamiento nocturno con la primera apetencia de la mañana, reduce esa ignorancia a un estado de orfandad psíquica. Todos somos presocráticos, balbuceando

en duda cotidiana los beneficios de otra realidad posible, mejor, pero sorteando en los enigmas prácticos y metafísicos un idioma inconstante facilitado por la incertidumbre cotidiana de salvar el día. Practicando, sobre todo, un idioma privado de eficacia, el mundo es lo que es y nosotros somos. Y es esa retahíla «insuficiente y afanosa» lo que la literatura recupera.

El crédito en esta realidad verbal nos transporta al paraíso artificial e irresponsable del ensayo, en el que las sospechas de certidumbre fueron desplazadas sin violencia por las sospechas de sospecha. La invención (la única invención que puede exigírsele al ensayo es secundaria, menor). La levedad de un pormenor... Un tratamiento que modere la suficiencia asertiva del lenguaje.

Para perfeccionar la perfidia y el sentido de pérdida que la desaparición provoca, la pregunta del lector sobre la muerte, la verdad y lo que (en vida) puede aprender se limita a parecer suficiente. Hay una carta de Kipling sobre la muerte del hermano de su mujer que dice todo lo que es necesario decir sobre la muerte de alguien, un filósofo o un pariente cercano (a quien esa proximidad otorga una vulnerabilidad filosófica): «¿Cómo decirle que yo lamento su pérdida tanto o más que ella, sobre todo porque he decidido, entre otras cosas, guardar silencio acerca del dolor?». Hay también un poema de Kingsley Amis sobre la muerte de su padre. Lo obvio, ominosamente cierto: «Siento que hayas tenido que morir / para hacerme sentir ahora / que no estás aquí». Si alguien nos ofreciera hoy una clave, una fórmula o un sistema, de cualquier manera, no nos dejaría satisfechos. Se elogia a los filósofos por ofrecer una concepción del mundo, una *Weltanschauung*, a la

que el conocimiento no hubiera llegado sin ese aporte particular, sin esa concurrencia, sin esa participación, sin esa diagonal; alguna vez, por transmitirla en buena prosa. Sin embargo, se supone, se prestigia y hasta se agradece la modalidad intempestiva: el deicidio de Nietzsche resultaría menos aceptable tal vez si hubiera sido formulado por el filólogo de Basilea en sus cátedras y en su cátedra, en el curso de una monografía académica ergotista. Sin la trashumancia y el arrepentimiento, Wittgenstein posaría con beneplácito inerte entre otras figuras insignes del Círculo de Viena. Esto se debe, como muchas otras cosas, a los presocráticos, accidentalmente, de prestigio constante y siempre creciente gracias a la omisión. ¿Quién no quisiera acceder a esa neblina de conjetura que el fragmento propicia? «*Time the preserver is time the destroyer*» (El tiempo que preserva es el tiempo que destruye). Uno de los principales poetas filosóficos del siglo XX —T. S. Eliot— debe parte de su prestigio a observaciones obvias como la anterior, de presencia tan afianzada y nítida en Parménides y Heráclito como en el Eclesiastés. Hay que mencionar, además, el añadido romántico. No en vano Ludwig Wittgenstein protagoniza o altera desde el título una cantidad de novelas que no debe de ser inferior a las que, con más tiempo de ventaja, protagoniza o altera desde el título Lord Byron.

Herederos de esa fe occidental, herederos de esa conducta ociosa, la idealización, el método y el estilo de transmitirlo es el oficio, siempre en harapos, de los filósofos; parte de la cultura que aceptamos para instruirnos e instruir, a solas y a secas, a tontas y a locas. La anécdota es un añadido áspero, aunque pueda parecer una parábola que ilumina. Si los filósofos siguieran viviendo,

tendrían tiempo de sobra para desmentirnos. Murieron, eso es todo, para que nosotros, sus siervos, sigamos pensando o creyendo que lo hacemos. Aceptémoslo para pasar al capítulo siguiente. Aceptemos que murieron los filósofos y aceptemos que hubo escribas con manos capaces de enterrarlos para seguir creyendo que seguimos vivos, transitoriamente vivos, mientras la realidad, vuelta historia de inmediato, se relame, nos consuela, nos arroja con mortajas y nos devuelve ilesos.

Vidas de escritores

De estos trabajos con la vida y con la muerte que no tienen la pretensión exhaustiva de la biografía es necesario decir poco, en la medida en que entablan esa relación con una sobriedad que la avidez copiosa del siglo XX se encarga con afán de borrar. Aubrey, que se nos presenta como el más honesto de los consignadores de datos (por lo menos por Anthony Powell, uno de sus honestos biógrafos), traza una línea de distinción en la distinguida prosa del siglo XVII inglés combinando períodos bien resueltos, protegidos de nuestro interés anodino o meramente utilitario con párrafos de una inefable crudeza. Su obra, la tarea de agrupar una gran cantidad de vidas —de escritores, científicos, hombres de estado, filósofos, geógrafos, damas de la corte, libertinos, truhanes, etc.— le valió a Aubrey el mote de «Boswell de su época» que le pusiera Isaac D'Israeli (el padre de Benjamin, ministro de la reina Victoria). El hecho de que ese elenco reclamara a veces cuarenta páginas (como el referido a Hobbes

completo) y otras apenas una oración (como la biografía de John Holywood: «El doctor Pell asegura que su nombre era Holybushe») define una de las singularidades de la literatura que no pueden pasarse por alto. Es como si Aubrey, historiador involuntario, tratadista secreto de la influencia de las personas y personajes de su siglo, inventara un diseño proporcional de cantidad de palabras a partir de las calidades personales que discernía su juicio. (Estuve a punto de escribir «su genio».) En cualquier caso, juicio y genio quedan encapsulados en el creciente respeto con que la desproporción o la proporción perversa siguen ganándole batallas en el siglo XXI al espíritu de simetría. Como decía un amigo mío: «No es suficiente para creer que nos gusta la literatura inglesa pensar que Stevenson y Lewis Carroll alcanzan; tenemos que darle lugar a H. E. Bates y a Trollope». Aubrey conoció a Hobbes, o dejó que Hobbes lo incluyera en su vasta lista de olvidos.

De los ensayos, el de De Quincey sobre Kant es el más conocido. La importancia de la filosofía alemana en un país que creía carecer de filosofía parece una característica curiosa en una nacionalidad tan ufana de su superioridad (lo mismo podría decirse de la música), pero todo aquello «que parece» demuestra tener un temperamento más enfático, sublime en nacionalismos acérrimos, que aquello que meramente es. Y en Coleridge y De Quincey, al igual que en Carlyle, encontramos ese afán afín «de la soledad central de los amos del mundo» (Borges) por rendirle culto a lo extranjero, lo forastero. De Quincey se demora en el filósofo sedentario con la misma morosidad con que se detiene en Anne, la prostituta, en Catalina de Erauso, la monja alférez, y en el crimen considerado como una de las bellas artes. No hay que negarle, a ese espíritu inquieto, su voluble

generosidad retórica; no hay que restarle —como lo hace con justicia Leslie Stephen— su extraordinaria inconsistencia, la riesgosa y romántica falta de plan. Tal vez de eso esté hecha la veracidad artificial de «Los últimos días de Immanuel Kant». Se nos cuenta, con audaz prescindencia de una exposición de las ideas filosóficas del sujeto nombrado, la agonía de un hombre que nunca salió de su aldea, Königsberg, tan puntual en sus actos que la ordinariedad de la rutina adquiere un dramatismo espectacular. El relato puede considerarse el mejor logrado sobre la domesticidad gótica de un fantasma en vida. La reputación del fantasma reside en una constancia semejante a la de los que se han desvanecido sin perder sus hábitos.

Muy distinta es la que le reserva Lytton Strachey a Hume, porque Hume, el idealista pragmático, es una presencia frecuente en el ámbito lujoso de Bloomsbury, que visita, entre otros notables, Bertrand Russell. Lytton Strachey era uno de los escritores más imaginativos del barrio (no es poco, teniendo en cuenta que en él residía Virginia Woolf). Sin embargo, le gustaba su prestancia ajena de objetor de conciencia, de «historiador», de frecuentador de temas menores (escribió para lectores monógamos una historia de la literatura francesa que es una obra maestra de elegancia y omisión). La historia para él era un plano escenográfico desde el que podía lanzar al estrellato a la reina Victoria y a Isabel I, al general Gordon y a Florence Nightingale. Un guionista virtuoso al que Cecil B. DeMille podría haber rechazado, pero al que le hubieran prestado atención Griffith y Mankiewicz. Un epigramista formidable, curado de la enfermedad de Wilde; el vector que transforma una fábula social en un cuento de Sherezade. Por eso los historiadores del siglo xx al que él asistía con júbilo lo rechazaron con amargura.

Mi vida presocrática

Sin detenernos a considerar si la derrota de un empeño coincide con una victoria del azar, debo descender una vez más a la zona estéril de los recuerdos personales, a la conmiseración confesada por el menos sublime de los pronombres (curiosamente el primero). A los catorce años, en la escuela secundaria, confundí mi incursión bautismal en los textos filosóficos —las *Lecciones preliminares de filosofía*, de García Morente— con una militancia política mitigada con rigor por la cobardía. Inadvertidos de ambas cuestiones tal desarreglo, mis compañeros secundarios de división y partido, sabedores también de que yo era más útil como ideólogo que como combatiente o conductor («pintaba bien», como se decía entonces, pero era un desastre en términos sociales), me dieron la oportunidad de proveer de *slogans* la publicación que nos representaría (un pasquín verosímil solo por su fealdad gráfica). Antes de mi expulsión, llené más de cinco carillas inútiles con consignas, reclamos imperiosos y conclusiones distraídas de cualquier premisa silogística. Al cabo de los años, recuerdo la más modesta y cómica, a la única que suscribiría hoy si una potestad clemente me leyera las otras: «¡Libertad a los presocráticos!». Y todavía una más: «¡Muerte a los filósofos, en manos de los escritores!».

Buenos Aires, verano de 2009 /
Buenos Aires, verano de 2020.